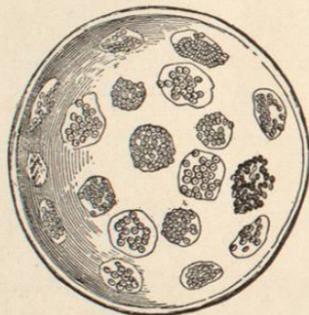


## CAPÍTULO V

TECOMATES VOTIVOS—MUERTE DE MI PERRO APACHE—LOS HUICHOLAS  
EN CONFERENCIA CONMIGO—CARACTERES DE LOS HUICHOLAS—  
SU FUERZA FÍSICA—SUEÑO—MOVIMIENTOS—ENFERMEDADES—  
COMO APRENDEN Á ANDAR LOS NIÑOS—AMOR FILIAL—FUERZA DE  
VOLUNTAD—HOMBRES Y MUJERES—COSTUMBRES ANTIGUAS Y  
MODERNAS EN MATERIA DE MATRIMONIO.

ENTRE las cosas que he traído de mis excursiones, se cuentan algunas escudillas votivas hechas de los guajes que ordinariamente emplean los huicholes para beber, los cuales cortan en secciones que pintan por dentro de rojo ó verde. Las que dedican á los dioses están adornadas con cuentas de varios colores pegadas con cera, por lo común sólo en el interior del utensilio, ya separadas ó en fila, formando líneas adujadas, rollos, figuras humanas y otros dibujos representativos de los pensamientos y deseos del donante.



Interior de una jícara votiva consagrada á la Diosa de las Nubes Orientales. Diámetro, 9 cm.

Antiguamente se hacían incrustaciones de cuentas de concha, sin duda con el mismo objeto, y pueden verse, en los decorados, granos de maíz, flores artificiales, semillas de algodón y hasta plumas. En la ilustración de la presente página, el adorno representa una súplica para que la cosecha sea abundante. Las manchas que aparecen en el interior, son aplicaciones de cera á que se han adherido cuentas blancas y azules como emble-

mas de granos de maíz. La idea que impulsa á los huicholes á hacer tales ofrendas es que los dioses, cuando llegan á usar sus escudillas, se beben las plegarias del pueblo, por lo que consideran dichos utensilios como los mejores conductos para que sus súplicas lleguen á su destino, y cada familia posee su jícara votiva que llevan consigo al campo cuando van á cazar venados, á plantar grano, etc.

Vivía en San Andrés un hombre notablemente hábil en la fabricación de estos objetos, quien quizás por influencia de los mexicanos, entre quienes había vivido largo tiempo, había perfeccionado su gusto y ejecutaba con sumo tezón sus obras, de modo que lo que producía era mucho más laborioso y esmerado de lo que se acostumbra en la tribu. Aunque continuaba siendo huichol de corazón, la hermosa mano de obra de los tres tecomates que me hizo, descubría en cierto modo la influencia de la raza blanca. Cubría de cera toda la superficie de la jícara y, en seguida, fijando cuenta por cuenta con la punta de una espina de maguey, iba formando sus figuras, sin seguir ningún dibujo previamente delineado, hasta cubrir completamente la jícara, por lo que empleaba, para cada una, la mayor parte de varios días.

Mientras me estaba ornamentando la última de las escudillas que le había encargado, me sobrevino un penoso suceso que tuvo lugar poco después de mi regreso de Bastita. Mi fiel perro Apache se había enfermado, durante esa excursión, de una violenta tos que casi lo sofocaba toda vez que trataba de comer. Cada día se ponía peor y me hacía mucha falta en mis viajes diarios al arroyo, cuando me iba á bañar, pues siempre mantenía á raya con sus ladridos á los molestos perros de los indios. Sin él, no tenía yo tampoco quien me advirtiera la aproximación de indios desconocidos que á veces se acercaban sin hacer ruido entre los arbustos, mientras me bañaba. Apache

me había acompañado desde San Francisco, donde me lo regaló un amigo, y todavía muy pequeño había viajado en un carro de exprés para unirse á mi expedición en Bisbee, hace seis años. Por el linaje de su madre, descendía de una de las mejores familias caninas de los Estados Unidos y había sido durante mis viajes por México mi constante y eficaz compañero. Cuando se ponía en movimiento la



Apache y las mulas, en mi primera expedición.

carga, corría sin descanso arriba y abajo, como para ver si alguien faltaba, y siempre que entrábamos en algún pueblo abría paso á la expedición emprendiendo campaña con todos los canes pendencieros que infestaban las calles, rodando á veces á mordiscos, con media docena de ellos, dentro de las tiendas abiertas. Era su mayor mérito no morder nunca á la gente, pues bastaba su aspecto y su voz de bajo profundo, verdaderamente imponente, para impedir

que nadie se atreviese á acercarse á mi tienda cuando él estaba.

Preocupado por mi pobre perro fui á visitar un día al tecomatero que estaba sentado haciendo su trabajo en el exterior de su casa. Habiendo llegado un curandero, mutuo amigo nuestro, díjele que mi perro estaba enfermo y le pregunté si podría curarlo. “¿Y en caso de que se muera?” me preguntó diplomáticamente. Le aseguré que si tal ocurría, no lo haría responsable, pero que si efectuaba la curación de mi animal lo recompensaría bien. El tecomatero fue también de opinión de que el médico debía hacer la prueba, agregando: “Yo pintaré al perro en un tecomate para ofrecérselo al Padre Sol, y veremos si vive ó no.” Animado por tan inesperada ayuda para la curación del perro, consintió el indio en emprenderla, y lo conduje bajo el cobertizo donde estaba acostado mi pobre Apache, ya casi sin vista, aunque todavía pudo reconocerme y levantarse cuando llegamos.

Quitámosle los vendajes de mostaza y manteca, y el curandero señaló sucesivamente con sus plumas, que oprimía con la mano derecha, hacia los cuatro rumbos del mundo, implorando de los dioses que curasen al perro. Declaró en seguida que algo tenía que ver la enfermedad con el corazón del animal, y poniéndole cuidadosamente las manos sobre el lado derecho, se puso á chuparle vigorosamente en un punto cercano á la mano derecha, hecho lo cual se levantó y se sacó de la boca un grano de maíz que me entregó prontamente, dándome á entender que aquella era la forma visible de la enfermedad y era forzoso que la hiciera quemar.

Efectuó, luego, con sus plumas algunos pases sobre el lomo del animal, y echándose en la boca con la mano un poco de agua de la que tenía el perro para beber, lo roció completamente. “Si vive otros cinco días, ya no se muere,” me dijo, “sinó se morirá dentro de cuatro días.” Volvió

más tarde y con lágrimas que se le rodaban de los ojos, imploró á los dioses que hicieran efectiva la curación.

Pero el noble animal sucumbió á su destino al cuarto día, como el augur lo había pronosticado. Desde luego encomendé á Carrillo, á otro indio y á mi amiguita "Enagua de flores" que abrieran una fosa en un bonito sitio y allí lo depositamos con la cabeza al sur, región á donde siempre estaba ansioso de dirigirse, enterrándolo como á héroe indígena, con su collar y su cadena, sus bandejas y su petate. Los indios pretendían quedarse con estos objetos, pero yo me opuse diciéndoles que el perro podía haber muerto de alguna enfermedad contagiosa; con todo no es imposible que los hayan desenterrado.

Acaso pecó de pesimista el francés que dijo: "Lo mejor que hay en la humanidad es el perro;" pero cuantos amen á esos fieles y desinteresados seres comprenderán la pérdida que tuve con la muerte de mi Apache, que había sido mi mejor amigo en aquellos desiertos. ¡Gracias, leal compañero mío, por los centenares de millas que me seguiste en aquellos años, á través de las llanuras de Sonora y Chihuahua, sobre la nieve de la sierra y en medio del calor de las barrancas, cruzando los ríos y trepando á las rocas! ¡Á dondequiera me acompañabas, siempre contento, imponiendo respeto, amado igualmente por los mexicanos y los indios!

El tecomate en que fue pintado el perro era magnífico, y tan satisfecho quedé con él, que le pedí á su fabricante que lo duplicase, á lo que asintió desde luego; pero con la inhabilidad propia de los indios para hacer dos cosas iguales, me entregó una vasija muy diferente. En la plancha VIII. se puede ver al perro. Tiene arriba la bandeja en que bebía, para la que no hubo espacio en el frente. De un lado se ve el sol, á quien estaba dedicado el objeto; frente al perro hay un dios de la caza con su arco y plumas en la mano derecha. En la sección siguiente aparece una flecha atravesando al venado y partiendo de un arco, representado arriba.

PLATE VIII.



PLANCHA VIII.

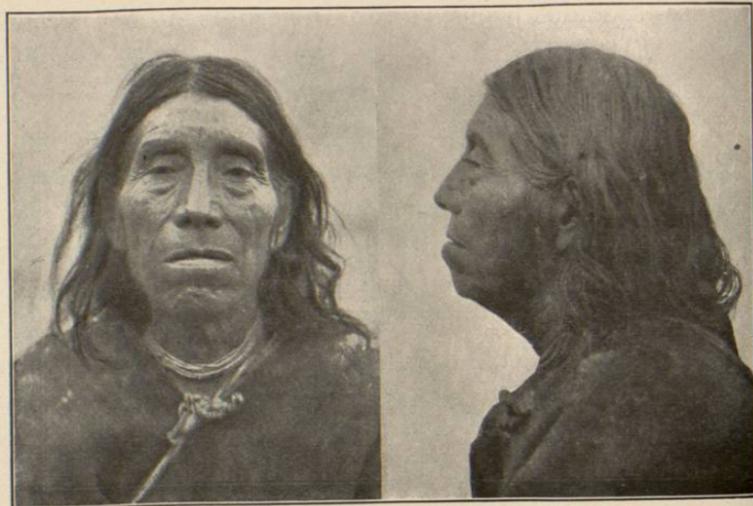
Llegó el día designado para la reunión que conmigo iban á celebrar los indios, y tuve el gusto de ver que habían llegado de diferentes lugares, allende el río, como cuarenta hombres y algunas mujeres y niños, varios de los cuales fueron invitados á permanecer dos ó tres días.

El sacerdote más viejo que se presentó, consintió en comunicarse conmigo durante dos días. Los huicholes respetan á los ancianos, creyendo que mientras más viejo es un hombre más sabe. El individuo de quien hablo se llamaba *Æacá* (viento). Los que van al oriente en busca de los sagrados jículis, reciben nuevo nombre en cada viaje. El de *Viento* parecía convenirle especialmente, debido á que el salvaje cabello de aquel hombre parecía como que estaba siempre agitado por el aire. Era delgado y lleno de arrugas, con ojos soñadores de vidente y vivía como en un mundo sobrenatural, que él creía real. Dijonos en voz baja, como si nos confiase un gran secreto, que una vez en el país del jículi había visto, con sus propios ojos, granos de maíz producidos en la misma planta. Lo cierto es que el jículi, que tan necesario se considera para la seguridad de las cosechas, es considerado en sí mismo como maíz, así como el venado es maíz, ó en otras palabras, manutención, alimento.

Los indios reunidos enviaron dos hombres al adoratorio del Sol, situado cerca de San José, en busca de algunos interesantes objetos ceremoniales, y me llamó la atención ver que sólo dos de los indios presentes llevaban armas, es decir, arcos y aljabas llenas de flechas. Los huicholes no son guerreros, punto en que difieren de los coras, que parecen nacidos para luchar, y cuando llegan á armarse, como sucede en sus cacerías ó durante sus viajes, llevan el arco en la mano derecha y algunas flechas sujetas bajo su ceñidor, siendo raro el uso del carcax. Las flechas son muy ligeras y tienen la punta de brasil.

La puntería de los huicholes es bastante buena y dis-

paran con considerable fuerza. Vi una vez á un joven tirando á una distancia de 106 pies, quien acertó á clavar dos flechas en el tronco de un zapote, que penetraron, la primera, una pulgada y cuarto, y la segunda, una pulgada cinco octavos, atravesando la corteza que, mucho más suave, por supuesto, que la madera, tenía un espesor de más ó menos siete octavos de pulgada. Me aseguraron los indios que una flecha disparada de igual distancia, penetraría sobre cinco pulgadas en el cuerpo de un venado. Vi también



Frente.

Perfil.

Indio huichol.

á un muchacho de catorce años disparar con un arco de  $33\frac{1}{2}$  pulgadas, una flecha que hizo llegar á cuatrocientos pies.

Tuve oportunidad de tomar los siguientes datos respecto á la estatura de los que estuvieron presentes:

De 43 hombres medidos, el 40 por ciento tenían menos de 4 pies  $4\frac{1}{8}$  pulgadas (1.63 metros); 30 por ciento sobre 5 pies  $6\frac{1}{7}$  pulgadas (1.68 metros), y 30 por ciento entre ambas cifras, dando por término medio una altura de 5 pies 5 pulgadas (1.65 metros).

Los huicholes conservan notable pureza de raza. Conocí á un mexicano, casado con una huichola de quien tenía hijos; pero fuera de esa familia, no he visto en todos mis viajes por el país, sino sólo dos niños mestizos. Uno de ellos era un niño de tres años de edad, de quien cuidaba su media hermana, india pura, sólo tres años mayor. El chico parecía grosero y de mal carácter, lo que probablemente había heredado del mexicano su padre, pues los niños huicholes son de muy buen natural; le quitaba á su



Frente.

Perfil.

India huichola.

hermanita todo su tiempo haciéndola jugar con él, bailarle y cantarle las canciones religiosas que le había aprendido al sacerdote; era gordo y robusto, y anunciaba ya que, no bien creciera lo bastante, habría de echar de su casa á todos sus hermanos.

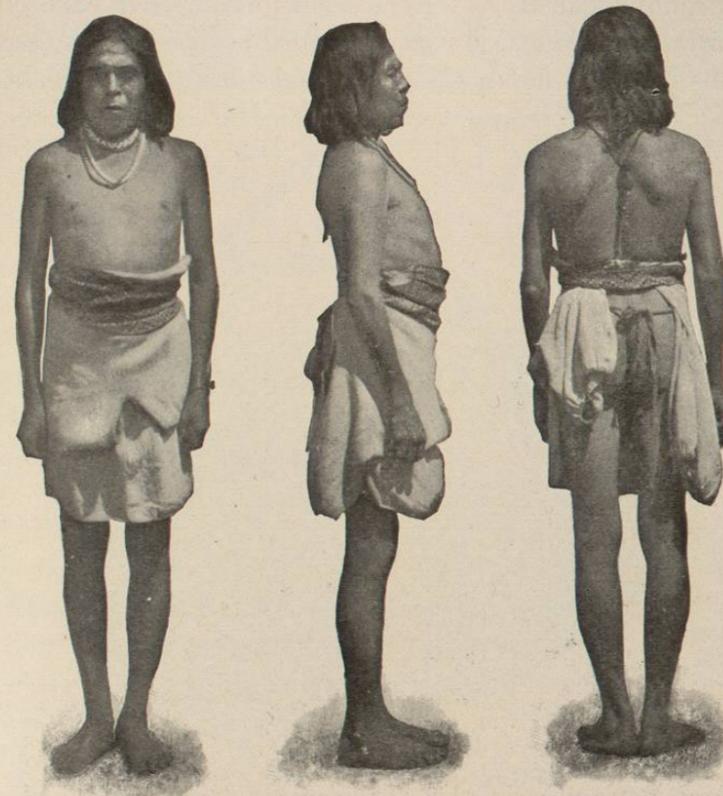
Los dos colmillos de los huicholes están colocados oblicuamente uno contra otro y vueltos hacia adentro, rompiendo de un modo simétrico y no desagradable la hilera de los dientes.

Estos naturales toman sus principales comidas en la mañana y en la noche, y comen más maíz tostado que tortillas, y semillas de calabaza tostadas. Usan también el pinole, aunque pocas veces, y toman la carne fresca ó á veces algo descompuesta; pero nunca se alimentan de ratas, ratones, puercos, perros, gavilanes, cuervos, culebras ni lagartijas. Cuecen ó asan la carne siempre sin sal, y el pueblo pone á hervir frijoles, igualmente sin sal, y los toma con el agua en que los ha cocido. En esta tribu, como en otras, la sal se emplea como una golosina, sin chile, y nunca se les permite á los oficiantes del templo el tomarla ellos mismos, sino que otros deben servírsela.

Es posible llegar á dominar las condiciones del clima, mas no el instintivo, pero inexplicable sentimiento de atracción ó de repulsión que nos producen las personas, y yo, por mi parte, soy más impresionable al efecto de las asociaciones humanas que á la belleza de los alrededores. Cuando viajo, nada me importan los inconvenientes ni molestias, con tal de que mis huéspedes sean bondadosos y sinceros. Lo que más afecta nuestras relaciones personales es ese otro poderoso sentido que llamamos magnetismo personal, inherente á cada individuo y de grados variables para el bien ó para el mal. La moral nada tiene que ver con esta ley inconsciente que gobierna el cambio mutuo de sentimientos. Más de una vez he sentido la influencia del fuerte magnetismo animal de los indios, y nunca me retiré de sus reuniones sin experimentar una sensación nerviosa de descanso y quietud, cuyo efecto en mí era quizás comparable al que ejercen los caballos y el ganado en las personas acostumbradas á dichos animales. Los carniceros, según las estadísticas, son los hombres más sanos de todas las agrupaciones humanas, y es casi proverbial la salud de que gozan los caballeros. Es, pues, muy razonable la costumbre que hay en algunos países europeos de que los que cuidan ganado duerman en los

establos, y pueden señalarse algunos casos de personas de escasa vitalidad y aun atacadas de consunción, que se han beneficiado pasando algún tiempo en las ordeñas.

Los huicholes, especialmente si son mujeres y personas jóvenes, despiden un olor característico, aunque no fuerte,



Frente.

Perfil.

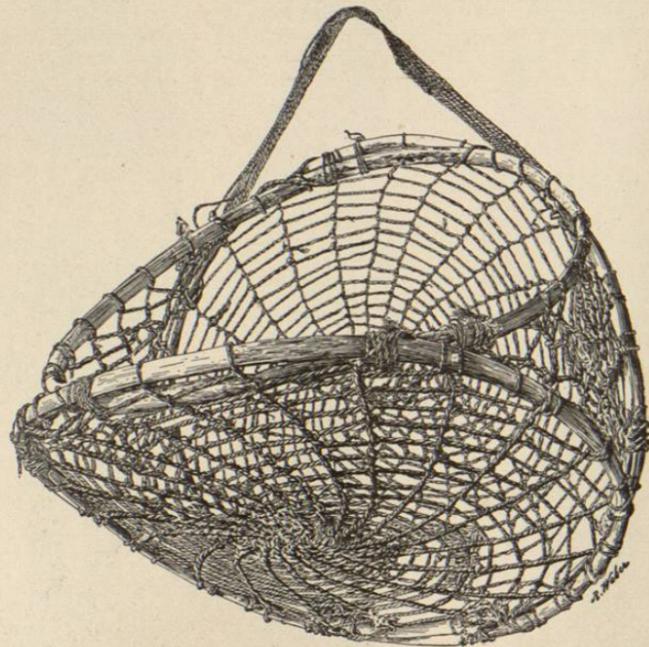
Lorso.

Indio huichol.

parecido al que se desprende de un perro mojado, y que recuerda á la vez el olor del humo. No pude advertir diferencia entre este olor y el de los australianos.

Las mujeres que van por agua pueden cargar hasta cuatro bules, que pesan en conjunto no menos de cien

libras. Tres de los guajes les cuelgan de la cabeza, sobre la espalda, y el otro lo llevan suspendido al cuello, sobre del pecho. Un hombre puede fácilmente echarse áuestas una fanega de maíz, que pesa ciento veinte libras, y llevarla en tres días de Mezquitic á Santa Catarina, recorriendo una distancia de cincuenta millas y efectuando un ascenso á la sierra, lo cual no pueden hacer los mexicanos. Los huicholes llevan pesos semejantes desde los profundos



Utensilio de carga. Anchura, 50 cm.

valles hasta sus habitaciones, y el modo favorito de hacerlo es colgándoselos por medio de una red ó de una frazada que se suspenden al cuerpo con una faja de cuero llamada *mecapal*, que atan á dos extremos del bulto y se la pasan por encima del pecho y de los brazos; pero cuando la carga es pequeña, se la echan á la cabeza. Las mujeres llevan á veces jarros, bules llenos de agua, etc., en redes hechas con cordeles y aros, que se cuelgan por la espalda y de la

cabeza. Bien que tanto los hombres como las mujeres tienen muslos muy gruesos, sus brazos son delgados, y no pueden levantar pesos tan bien como los mexicanos.

Vi una mujer bizca, y un hombre que tocaba el violín con la mano izquierda.

Los huicholes no pueden sobreponerse como nosotros á la falta de sueño, y les es imposible dedicarse á ningún trabajo intelectual después de una noche de insomnio. Conocí uno que me proporcionaba muy discretos informes; pero una mañana, por haber pasado la noche en el templo cantando y bebiendo el débil aguardiente nativo, lo encontré enteramente cambiado; no pude conseguir que me dijese nada, y no obstante que no estaba ebrio, acabó por dormirse. Un joven amigo mío, llamado Pablo, estuvo cuidando á las mulas dos noches consecutivas, durante un viaje á la tierra del jículi, y á la tercera noche quedóse dormido en pie, á pesar de que llovía con fuerza; pero habiéndose caído, despertó del golpe.

El pueblo generalmente duerme de espalda, pero también de cualquier otro lado, y si algo se ponen debajo de la cabeza es por lo general un leño y sus ceñidores doblados. Se paran sobre ambas piernas, bien extendida la una, y la otra ligeramente doblada. Orinan á la manera de los blancos, con excepción de los coras que se sientan para hacerlo, y cuando necesitan responder á las exigencias de la naturaleza van á cierta distancia de sus habitaciones, como otros indios mexicanos que he conocido.

Al andar, imprimen buen movimiento á su cuerpo, aun los viejos. De cincuenta personas que observé (entre las cuales había dos mujeres), doce volvían hacia adentro los dedos de los pies. Asientan primero el talón y avanzan con paso rápido y cierta energía cuando el piso es parejo, llevando la cabeza en buena posición, ligeramente echada atrás; las rodillas un tanto dobladas, y los brazos colgantes y balanceando con las palmas vueltas á los muslos. Sus